
1. ¿Quién se mueve: los árboles o el tren?

Cecilia dejó caer el libro sobre su regazo y apoyó la frente contra la ventanilla polvorienta. Sus ojos traspasaron la opacidad del vidrio para llenarse de un paisaje al que la exuberancia no rescataba de la monotonía. Sobre la capa inmóvil de los pantanos medraba una vegetación tan compacta que producía el engaño de una superficie sólida. Pero bastaba el más ligero soplo de brisa para abrir temblorosas grietas al través de las cuales amenazaba una profundidad sucia cuya longitud era calculable gracias al tamaño de los arbustos que emergían desde el fondo.

Había algo profundamente melancólico en esta extensión sin habitantes y sin rebaños sobre la cual feas aves de rapiña planeaban al acecho de una carroña imposible.

—La soledad no sirve ni a la muerte —concluyó Cecilia. Identificándose de golpe con esta llanura sin término, anegada y podrida, con este esplendor malsano, con esta imagen total de la inutilidad y el desamparo.

Cecilia bajó los párpados para anular esa revelación de su ser que acababa de mostrársele de una manera tan brusca y dolorosa y se entregó al hipnótico traqueteo del tren.

No era éste su primer viaje pero ya entonces había experimentado una suerte de momentánea liberación de los garfios que la ataban a la identidad, en el tránsito de un lugar a otro.

Entrar en un vehículo, dejarse conducir, era como volver a la tibia, protegida, segura inconciencia del claustro materno. Por lo demás, la meta estaba fijada y el plazo para alcanzarla era preciso. Nada podía intentar el viajero ni para cambiar aquélla ni para modificar éste. Había, en el movimiento con que el viaje se realizaba, el mismo trazo fatal con que se desa-

rollaba la órbita de un astro. Y Cecilia se abandonaba a la ilusión de tener un destino, ilusión mil veces rota por los hechos de la vida cotidiana en la que a cada instante le era necesario preferir, rechazar, ir construyendo acto por acto, y lo que era aún más grave, decisión por decisión, el futuro.

Y nunca, como ahora, el futuro se le representó con la forma de un río de corriente oscura y turbulenta, en cuyas orillas se detenía Cecilia (pequeña, sola, sobreviviente), guardando un equilibrio precario, empujada por quién sabe qué persecuciones y catástrofes, solicitada por quién sabe qué urgencias y abismos. No era posible sino avanzar y, sin embargo, el paso hacia adelante no alcanzaba a trasponer el límite de la posibilidad pero hacía latir su corazón de angustia, sólo con su inminencia.

Porque, según todos los signos exteriores —signos cuyo desciframiento se arrogaban los otros— había llegado para Cecilia el momento de despojarse de los disfraces de la infancia para escoger el rostro definitivo del adulto.

Eso decretaban los otros después de verificar fechas y computar años, pero el decreto no concordaba con el ritmo de Cecilia, una marea cuya altura y velocidad, cuyas inercias, obedecían a los mandatos de un planeta distante y oculto de nombre aún desconocido.

La timidez, la pereza, el miedo de llamar la atención al singularizarse hicieron que Cecilia, además de plegarse a las exigencias de los demás, se equivocara creyendo que su rostro debía reproducir minuciosamente las facciones del de su madre. Se propuso entonces imitar un modelo largamente observado; copiar unas actitudes que habían llegado a parecerle naturales a fuerza de verlas repetirse siempre; aprender unos gestos que se adecuaban, con pasmosa exactitud, a cada circunstancia, a cada situación. ¡Qué fácil le sería discurrir en este cauce, estrecho, sí, pero cuyo dibujo lineal conducía, sin meandros y sin desviaciones, hasta un término de plenitud en que hasta el último rasgo de la personalidad individual era disuelto!

Al través de esta imitación Cecilia aspiraba a ostentar, más que a poseer, lo que envidiaba de su madre: el título de

señora, como aspira a la carta de ciudadano el exiliado. De señora, no de esposa ni de madre, porque en estas palabras se agazapaba un peligro: el del asalto a su intimidad, el del sometimiento a un vasallaje.

Y lo que Cecilia necesitaba era algo meramente decorativo, un modo lícito y plausible de manifestarse, de aparecer ante quienes siempre están preguntando ¿qué es? Ante ella misma, en suma, porque pertenecía a esa raza de importunos que no se sacian sino de definiciones.

Pero una mujer, por apta que sea para desempeñar el papel de señora y por vehementemente que lo pretenda, no puede lanzarse a representarlo si no se lo adjudica otro. Un intermediario, un dispensador de dones cuya existencia ya es lo primero que no se sujeta a una norma sino que depende del azar; cuya voluntad se rige por el capricho; cuyos movimientos por imprevisibles y cuyas decisiones constituyen gracias y no premios. Cecilia se rebelaba contra la arbitrariedad plena y contra la propia pasividad en la medida en que temía no ser de las elegidas. ¿Cómo soportar la exclusión? ¿Cómo sobrellevar el fracaso? Cualquiera tarea que emprendiera llevaría entonces la marca del desastre inicial.

Mas he aquí que Cecilia asistía al proceso en que un concepto general, abstracto y aplastante —el de desastre— se desmenuzaba en una multitud de hechos inconexos y casi incalificables. Por ejemplo, estar aquí, sentada sobre una banca rígida de madera y en camino hacia una ciudad desconocida, lejos de su casa, de su padre, de Enrique.

Enrique. No podía recordar su cuerpo, su voz. No pudo hacerlo ni cuando sus separaciones sólo tenían de nostalgia y de expectativa algunas horas. Porque su presencia era algo más que una figura, que un eco. Era una atmósfera.

Pero la felicidad que respiraba en ella (y no era felicidad, porque Cecilia la desdeñaba en comparación con la grandeza del sufrimiento) resultaba menor que el sobresalto, que la desgarradura de saber que este bien se le había dado en custodia y le habría de ser arrebatado pronto y sin apelación. La atmósfera de Enrique era como la de una estrella: ardua.

Porque, a pesar de la ceguera a que Cecilia se obligaba, no podía dejar de advertir en el otro (no era otro, era una parte tan dolorosa de sí misma que tendría que amputársela) su excitación, su inconciencia, su hosquedad, su desamor. Cecilia se apresuraba entonces, con esa rapidez con que se lima la arteria que se desangra, a justificar esa conducta, a creer en los motivos que ella inventaba para entenderla. Y cuando ya la credulidad acabó por ser sólo una mueca absurda, Cecilia quiso cerrar los ojos en un último acto de fe. Mientras tanto su razón, ofendida, pasaba las noches en vela y se consumía en el insomnio.

Allí se le representaban, una vez, otra, otra, hasta hacer perder a las imágenes todo su color y todo su sentido, los silencios hostiles, las ausencias descuidadas de Enrique. Y sólo a veces, para no desgastarlo en el uso, afloraba el recuerdo de alguna mirada ambigua, de algún ademán susceptible de confundirse con la ternura. Porque Enrique, como todos los compasivos, prolongó la agonía de su víctima con el silencio. Y no se atrevió a rematar a Cecilia sino que huyó de ella como un culpable.

Ya antes de la fuga definitiva había ensayado otras.

En las vacaciones de septiembre —que Cecilia se anticipó a suponer que disfrutarían (¿o que padecerían?) juntos— partió solo, sin indicar su rumbo y sin conceder, a quien lo extrañaba, la merced de ninguna noticia de su llegada y de ninguna anticipación de su regreso.

Cecilia, que se golpeaba la cabeza contra las paredes como para que penetrara en ella la evidencia que estaba contemplando, pidió ayuda a su padre. Él creyó que su hija se conformaría con averiguar el paradero de su novio y con la certidumbre tranquilizadora de su bienestar. Pero Cecilia insistía en una entrevista en la que estaba segura de que Enrique no llegaría al extremo de reclamar su libertad ni de sostener su tentativa de independencia.

Por fin, don José María cedió. Únicamente para tener que mitigar ante su hija la brutalidad de Enrique y la obstinación con que se negó a enviar ningún recado.

Cecilia no pudo hablar. Temblaba y, cubriéndose la cara con las manos, gritó de dolor. No le importaba sufrir ante su padre. Quería contagiar de su mal a este hombre, ya en los umbrales de la ancianidad, que siempre se había empequeñecido para caber en el mundo de su hija.

El tiempo de la desolación no se mide. Pesa, agobia, destruye. Y la hora, la misma hora sin esperanza, permanece. Hasta que, de pronto, se llega al fin. Sin saberlo se traspasó una frontera. Alguien anuncia que Enrique ha venido y está en la sala aguardando.

Para recibirlo Cecilia no se compuso ante el espejo.

Al contrario. Hubiera querido disponer de algún cosmético que exagerase sus ojeras, su palidez, todas esas huellas de la devastación interior que le surcaban la cara. Enrique las advirtió pero no como una patética acusación a su conducta sino como una amenaza a su integridad. Con voz tensa, dijo:

—¿Por qué me persigues, me espías, me acosas? ¿Es que no puedo dar un paso sin que te arrastres detrás de mí?

—No escribías —se defendió Cecilia.

—No escribía. No sé escribir. Y tú ibas a burlarte de mis cartas.

La excusa pareció a Cecilia tan inesperada que no supo qué replicar. Bajó los ojos para no sorprender, en la cara de Enrique, alguna crispación que él no le perdonaría jamás que hubiese contemplado. Así, sin levantar la vista, oyó los pasos que se alejaban, la puerta que se cerraba sobre el adiós.

Cecilia permaneció de pie en la mitad de la habitación, vagamente horrorizada. De modo que Enrique, también Enrique, se alejaba de ella, como los otros, por miedo.

—Soy una leprosa —sentenció. Esta palabra, insólita y grave, la exaltó hasta el rango de un personaje de tragedia. Y con un llanto impotente (ay, y desesperadamente infantil) hubiera querido borrar los estigmas que, desde su nacimiento, la marcaron.

La locuacidad de sus padres (no, de su madre no, que era más bien muda, de su padre únicamente) hizo público un hecho que, como todos los que parecen fastos, deben guardar-

se en reserva porque sus consecuencias son imposibles de calcular. Pero su padre, embriagado de orgullo, celebraba en las reuniones de familia, en las tertulias con sus amigos y hasta en los velorios, las gracias de su hija que manifestó, muy precozmente, un espíritu agudo y burlón, una inteligencia ágil y una verbosidad certera. Alentada por las risas y las ponderaciones de los mayores, la misma Cecilia gustaba de lucirse. Aprendió no sólo a aprovechar sino a provocar los silencios propicios para que resonaran mejor sus ocurrencias; hizo de sus condiscípulas competidoras vencidas y de sus maestros sus involuntarios cómplices o sus forzados admiradores. Y no se dio cuenta, sino cuando el daño ya estaba consumado, de que, poco a poco, las sonrisas aprobatorias fueron congelándose en un gesto de rechazo, en un rictus de antipatía.

Cecilia, muy sensible a las fluctuaciones de los ánimos ajenos, quiso retroceder, cambiar de táctica, recuperar el terreno perdido. Mas por torpeza, por una insobornable sensación de que la actitud que afectaba era cobarde y el disimulo que se infligía injusto, Cecilia no logró sino añadir a sus anteriores calificativos el mote de hipócrita.

Las muchachas evitaban su compañía, temerosas de aburrirse en conversaciones difíciles y en duelos de ingenio, no la procuraban sino cuando sus padres les imponían tal deber y se hacían pagar el mal rato zahiriendo a Cecilia con sarcasmos o con una curiosidad impertinente. Los muchachos se apartaban de ella en los paseos y hacían el vacío a su alrededor en las fiestas. Así que el aislamiento o las amistades precarias arrojaron a Cecilia hasta una playa inhóspita de lecturas y quimeras. Allí soñaba con el amor mientras se decidía por el estudio; allí urdía aventuras sentimentales mientras preparaba lecciones. Entre ambos polos no hubo más comunicación que la que Enrique vino a establecer.

Enrique asistía a la misma escuela y a los mismos cursos que Cecilia. Y habrían continuado en la afable frialdad y la distancia sonriente que unían y separaban a los miembros de aquel grupo si Cecilia no hubiera adivinado en Enrique una especie de *lugar de menor resistencia*, una abstención sistemática

del ejercicio de las actividades críticas, una inerte tolerancia para las conductas de los demás, una bella indiferencia, en fin, que podía (con imaginación y por hambre) ser interpretada como un temperamento bondadoso y afectivo.

Cecilia lo interpretó así y, sin preocuparse por comprobar la validez de su hipótesis, condicionó a ella su comportamiento y empezó a corresponder y a sobrepasar lo que creía recibir.

Cecilia resolvió que Enrique poseía un temple de alma tan peculiar y tan autónomo que sobre él no influían los prejuicios vulgares, así que no vaciló en aparecer, ante sus ojos, sin las precauciones que la habían obligado a adoptar los otros. Fue cáustica si habló de lo respetable; desdeñosa, si de lo excelso; entusiasta si de lo prohibido. Describió con una frialdad que no podía ser menos que desaprobatoria las costumbres de su gente y con un escepticismo presto a convertirse en burla, sus creencias y con una calma perfecta el abismo entre las creencias y las costumbres.

Para ella misma no se reservaba una complacencia más grande sino únicamente una curiosidad más devoradora. Sólo se constituía en el objeto privilegiado de una atención igualmente lúcida, de formulaciones igualmente estrictas, de calificativos igualmente rigurosos.

Por la falta de pudor con que Cecilia estaba procediendo era lícito creer que no le acordaba a Enrique la calidad de testigo. Mas por el apasionado afán con que exhibía ante él sus cualidades —sin vanidad— y sus defectos —sin turbación— podía suponerse que Enrique asumía el cargo de testigo divino, de ojo omnicompreensivo y de juicio ante cuya instancia el caos se transforma en orden y la sentencia en perdón.

Si aquella relación no hubiese tenido otro propósito que el de alcanzar niveles más profundos de conciencia y el de expresar grados más diáfanos de conocimiento (y ese interés hubiera sido, por lo menos, igual en ambos y Enrique hubiera respondido a las confidencias de Cecilia con las suyas) habría resultado congruente el tono de trato que Cecilia impuso. Pero, además de no existir reciprocidad alguna, Cecilia elaboraba pla-

nes de conquista y alimentaba impulsos de posesión erótica que difícilmente eran compatibles con su práctica tan incesante de la inteligencia judicativa.

Ni irradiaba Cecilia un aura de deseo ni tendía la red de una sensualidad ávida. Ignorante, tímida, orgullosa, quería compensar la torpeza de su cuerpo, la parálisis de sus apetitos, con excesos verbales. ¡Qué inflamados párrafos profería aquella boca que se esquivaba al beso! Y sin suscitar el más mínimo rubor en las mejillas ni el más leve ademán en las manos, Cecilia pronunciaba juramentos que nadie le había solicitado y promesas superfluas.

Enrique se dejaba arrastrar por este flujo incontenible (y que para él era mudo, pues no lo escuchaba) con la esperanza temerosa de que la voz se volviera un día carne y caricia y calor. Pero Cecilia, como la santa de su nombre, insistía en ofrendar —en vez de persona— su gala más preciosa: la de la palabra.

Y mientras tanto su cuerpo contemplaba el cielo relampagueante en el que su mente había hecho su morada. Permanecía al margen, como dormido en una inocencia tanto más coriácea cuanto que los conceptos voluptuosos la habían rozado innumerables veces sin penetrarla. Pero cuando lo que la amenazaba era un contacto físico, su ser entero se erizaba de defensas o se plegaba para esconderse en un refugio inviolable por la luz o por el sonido. Fingía la muerte, igual que las bestezuelas en peligro.

Enrique cometió el error de interpretar aquella reserva última de Cecilia como un recurso de su coquetería; como un desafío a su virilidad cuya respuesta debía ser el asedio y cuyo desenlace la rendición.

Con una táctica dictada por las tradiciones y avalada por su propia experiencia, Enrique inició el ataque. No tuvo resultados. Y Cecilia ni siquiera se había resistido como si no se hubiera dado cuenta del juego. Abstraída en los antagonismos en los que se debatía el núcleo de su vida, no era capaz de percibir esa vibración carnal que la rodeaba. Hubo que sacudirla por los hombros, despertarla con explicaciones. Sólo entonces empezó a obedecer a Enrique realizando los gestos que se le

indicaban con una helada precisión. Pero no logró satisfacerlo. Enrique se retiraba de ella con la certidumbre de que permanecía intacta y de que, de un modo impreciso, él había sido burlado en su expectativa.

Cecilia, a quien el hábito de ocultarse había llegado a convertírsele en una segunda naturaleza, quiso romper la barrera que se interponía no sólo entre ella y Enrique sino entre ella y todo lo demás. Se rehusó a aceptar que esa barrera fuera física, porque hallaba en su cuerpo una autonomía irreductible a su voluntad. Así que dio un viraje hacia ámbitos mejor conocidos —aunque no por eso más hábilmente manejados— y decidió hacer un gran acto de sinceridad: puso en manos de Enrique el diario que escribía desde que se conocieron y en el que analizaba sus sentimientos tan minuciosa, tan exhaustivamente que llegaba a olvidar su causa o su referencia exterior.

Para Enrique, como para muchos, la palabra escrita tenía una evidencia, un peso, un poder de convicción y una verdad de que carece el testimonio oral. El texto le entregó el retrato de una Cecilia despiadada, absorta en el trance de inclinarse hacia él con la misma aplicación con que el investigador se inclina hacia el microscopio que amplifica la pequeñez de la amiba. A partir de entonces la suerte estuvo echada.

Cecilia cabeceó y su madre, que iba sentada en la banca de enfrente, extendió las manos como para detenerla. Gesto de solicitud, mil veces repetido antes y, casi como siempre, inútil. Vuelta a su posición normal doña Clara contempló a su hija con una fijeza que estaba a punto de cuajar en reproche. Una vez más se preguntaba —incrédula— cómo era posible que hubiera llegado a serle tan extraña quien le había pertenecido tan entrañablemente. Ya había cesado de culparse de un alejamiento que, a fin de cuentas, no hizo más que soportar, sin haber acertado nunca ni a disminuirlo ni a conjurar su progreso. Pero la sublevaba aún no entender hacia dónde había corrido Cecilia desde el momento en que pudo desprenderse de ella. Se negaba a aceptar que no hubiera nada más allá de la soledad en la que la vio detenerse. Hay la locura, se repetía, ahogando estas palabras en un pañuelo.

Y, sin embargo, doña Clara no había intentado apartar a su hija de esta desgracia. Desde su nacimiento la había cedido al afecto de su padre, a quien suponía (equivocadamente, ahora se daba cuenta) dueño de mayor autoridad y de mayor tino.

Don José María por vanidad, primero; por pereza, después y, al último, por descorazonamiento, se negó a hacer caso de las advertencias de los demás sobre el carácter de su hija. ¿Que era impertinente? Bueno, podía permitirse ese lujo. ¿Qué resultaba distinta de las otras? Mejor. Las otras no le parecían ningún modelo de perfección. ¿Entonces? Entonces no había sino que dejarla crecer a sus anchas y asistir al momento de su maduración y aprovechar el instante feliz de la cosecha.

Cuando llegaron a ese punto doña Clara sintió dentro de sí un espasmo de resistencia. A espaldas de Cecilia se enzarzaban sus padres en querellas largas y sin desenlaces donde resurgían conflictos antiguos y resentimientos que no habían logrado cicatrizar. Entre los esposos ardía la irritación de quienes, alguna vez, experimentaron juntos el placer y que luego perdieron la llave de esa armonía y no volvieron a recuperarla nunca. Esta pérdida se resolvía en frases amargas e irrevocables en las que cada uno reprochaba al otro no haberse convertido en el instrumento, ni siquiera en el cómplice para alcanzar las propias ambiciones.

¡Y esas ambiciones eran tan pequeñas! Doña Clara, por su parte, se habría conformado con conservar el dinero que recibió de herencia y con mantener el rango social que, si no por nacimiento sí por ese mismo dinero, había alcanzado. Su marido deseaba complacerla, mas para conseguirlo no estaba dispuesto a sacrificar la más mínima de sus aficiones ni el más insignificante de sus ocios. Así fue escurriéndoseles entre las manos la fortuna y la posición sin que ninguno de los dos acertara a tomar ninguna medida para evitarlo.

La ruina respetó la apariencia de una casa fundada siglos antes y en la cual no se había aposentado sino la prosperidad. Mas para no derrumbar unos muros cuyos cimientos habían sido largamente socavados, sus dueños no se atrevían casi a respirar. Doña Clara permanecía quieta frente a los muebles

cubiertos de fundas, en la sala sin visitas, y don José María se refugiaba en la biblioteca, entre documentos indescifrables y papeles viejos, solicitando al pasado un asilo contra el presente hostil.

Doña Clara acabó por resignarse, con esa pasividad que se transmitía de generación en generación con el nombre de altivez entre las hembras de la familia a la que pertenecía por matrimonio, y ya la fragilidad de su situación no hería un orgullo que sólo era postizo sino alarmaba un profundo instinto de conservación. Tuvo que hacerse astuta para fingir aplomo entre los otros cuando lucía, en alguna ceremonia de las que no era admisible excusarse de ir, un vestido cuyas metamorfosis —como las de las especies animales— le permitían sobrevivir de una era geológica a otra, de una moda a la que la sucedía.

Para mantenerse en pie durante esas ocasiones doña Clara se esforzaba en pensar que un manto de invisibilidad cubría su ropa, su gordura, sus arrugas. No anhelaba nada sino encontrarse a salvo de las preguntas de los demás, de sus miradas, de sus comentarios, en su retiro silencioso y tranquilo.

Y fue Cecilia quien vino a proyectar sobre ese retiro un gran haz de luz, cruda y despiadada, al convertirse en piedra de escándalo. Cecilia, que carecía hasta del más elemental sentido del tacto y de las formas; que opinaba, en voz alta y ante quien la quisiera o no la quisiera oír, de lo divino y de lo humano, sin tomar en cuenta las susceptibilidades que hería y las desaprobaciones que suscitaba. La gente (ah, qué bien calaba doña Clara en la malicia ajena) echaba leña al fuego haciéndole preguntas con el exclusivo fin de horrorizarse de las respuestas. Porque, demás está decirlo, las respuestas no eran las de una muchacha decente y bien educada, sino las de una loca, una cualquiera y una réproba. ¿Qué no tenía remedio, como afirmaba, encogiéndose de hombros don José María? Doña Clara no lo pensaba así. El remedio era muy fácil: hacer que su confesor amonestara severamente a la muchacha, encerrarla, poner fuera de su alcance los libros que la trastornaban, entretenerla dedicándola a las faenas domésticas. Pero don José María se opuso a disposiciones tan sensatas y, por llevarle la contra a su mujer,

multiplicó las libertades de Cecilia y le concedió una beligerancia inaudita al hablar con ella como si fuera su igual.

El resultado no se hizo esperar. Cecilia se envalentonó hasta el punto de que, al tratarse de un asunto serio, de un paso que ninguna señorita que se respete da sin consultar con sus mayores, de un noviazgo, en fin, Cecilia, sin encomendarse ni a Dios ni al diablo se lanzó de cabeza a un estúpido compromiso con un jovenzuelo sin abolengo, sin dinero, sin porvenir y sin la más mínima posibilidad de formalizar sus relaciones.

Como si estas agravantes no fueran suficientes, Cecilia no supo —o no quiso— darse su lugar ante Enrique. Lo perseguía con una desvergüenza desmesurada, se adelantaba a las citas, acechaba las ocasiones para los encuentros. Él habría dejado de ser un hombre y un patán si no hubiera abusado de las ventajas que tan gratuitamente le concedían. Comenzó a hacerse el interesante y a mostrar despego, con lo que precipitó a Cecilia en una especie de frenesí que ni su edad ni sus condiciones explicaban. Hasta que Enrique, fastidiado de los arrebatos y de las lágrimas, la dejó para irse a jactar ante sus amigos de ser un conquistador irresistible y a mofarse, en las cantinas y los burdeles de mala muerte, de la ofrecida de quien, al fin, se había deshecho.

De Cecilia, que tan poca dignidad había dado ya muestras, no podía esperarse que hiciera alarde de ella en su nueva situación de desdeñada. Desmejoró a ojos vistas y, como si quisiera llevar hasta el extremo la humillación y exhibir públicamente las afrentas recibidas, no sólo procuraba ocultar los estragos que en ella hacía el sufrimiento sino que los agravaba al olvidar cambiarse la ropa ajada por la noche de insomnio, el vestido marchito por el día de trabajo; al no pasar por sus cabellos lacios más que un peine distraído y rápido.

En vano se empeñó doña Clara en que Cecilia cuidase un poco más de su aspecto. A las observaciones de su madre respondía con una crispada sonrisa de menosprecio a las frivolidades mundanas y con el pretexto, evidentemente falso, de que carecía de tiempo que consagrar a ellas. Estudiaba, es cierto. Pero no era necesario esforzarse tanto para pasar unos exá-

menes que sus compañeros no consideraban difíciles, a pesar de no haber dedicado mucha atención a la escuela ni durante el año ni ahora, cuando el año terminaba.

A doña Clara no le cabía duda de que si Cecilia se veía obligada a hacer un esfuerzo extraordinario (que sus condiscípulos no hacían) para presentar sus pruebas finales, era por su falta de inteligencia. Esta certidumbre no le causaba asombro ni sobresalto, en cuanto a los estudios se refería. Ninguna madre espera proezas intelectuales de su hija. Lo que sí era lamentable era que Cecilia conservara su tontería hasta en el terreno en que las mujeres hacen gala siempre de sus intuiciones áridas e infalibles, de su adivinación y de su tino: el terreno sentimental.

En el episodio de Enrique se demostró palmariamente la ineptitud de Cecilia para hacerse querer y estimar. Esto, que en principio era lamentable y auguraba un porvenir difícil, en el caso particular había resultado plausible. Porque Enrique ni pertenecía al mismo nivel social de Cecilia (y eso que en los últimos años la familia Rojas había decaído tanto), ni prometía escalar posiciones más altas de las que la suerte le había deparado, ni siquiera contaba con la edad suficiente ni con el carácter como para calificarlo de hombre responsable.

Doña Clara no cesaba de maravillarse de cómo aquel adolescente tímido y desgarbado, pálido y con acné, hubiese hecho nacer en su hija una pasión tan desmesurada. No perdía oportunidad de burlarse, ante Cecilia, de los trajes malhormados del muchacho, de su pelo rebelde a todas las brillantinas, de sus pretenciosas y desvaídas insinuaciones de bozo. Cecilia no se irritaba, no se defendía. ¿Era que no escuchaba? Pero de cada una de aquellas escaramuzas salía más enemiga de su madre, más determinada a sostener una inclinación que los otros encontraban absurda y precisamente porque la encontraban absurda. Y aun buscaba nuevas coyunturas para que doña Clara ejercitase su animosidad y ella su resistencia, porque se sentía heroica y porque el martirio le sentaba bien. Y cuando doña Clara advirtió lo contraproducente de sus desahogos, ya ambas habían adquirido un hábito que ninguna quería romper, porque las aproximaba mucho más de lo que hubiera podido aproxi-

marlas nunca la actitud maternal en que el respeto impone una distancia excesiva para el amor, y la filial en que la sumisión y la obediencia estorban a la confianza. Al hacer escarnio doña Clara de la elección de su hija descendía del pedestal en que debía estar colocada para ponerse al alcance de la crítica y la reprobación de la muchacha ante quien ya no aparecía como intangible sino como arbitraria, injusta y mezquina.

Cecilia no compadecía a Enrique por no tener nada qué ponerse más que aquellos trajes baratos, sino a su madre porque confería importancia a la apariencia externa y porque era incapaz de ver, más allá de esa apariencia, los méritos personales, la calidad humana. Aún después de la ruptura Cecilia pudo permitirse el lujo del silencio porque delegó en su madre (que, por lo visto, no conocía las delicadezas del sentimiento) su necesidad de condenar en el otro la cobardía, la infamia, la traición.

—¿Quién se ha creído que es para tratarte de ese modo? Si eras tú la que estaba haciéndole el favor...

Vociferaba doña Clara. Y Cecilia, que se hubiera avergonzado de pensar una cosa semejante y que no se habría permitido decirla en ninguna circunstancia, escuchaba con un secreto acuerdo y con un ostensible rechazo.

Tal vez gracias a esta ayuda Cecilia pudo reponerse, más pronto de lo que se esperaba, de su decepción. Estaba triste, naturalmente, y si no lo hubiera estado habría tenido que fingirlo porque no se es víctima inocente de una ofensa sin el correlativo sufrimiento. Pero triste y todo fue capaz de presentar con éxito sus pruebas finales y asistir a las ceremonias de graduación de bachillerato y aceptar las proposiciones de su padre de que continuase una carrera universitaria en México.

A doña Clara no la entusiasmaba esta resolución. Pero, aparte de que no se le hizo ninguna consulta antes de tomarla, veía en ella algunas ventajas. No la de que Cecilia adquiriese conocimientos de los que, según su madre, ninguna muchacha tiene la menor necesidad ni sabe sacar el mínimo provecho. Sino de que se desenvolviera en un ambiente más amplio que el de la provincia, donde sus errores fueran menos visibles y quizá más perdonables. Donde el criterio de los hombres solteros, de

los buenos partidos, fuera más tolerante y no estuviese tarado ya por lo que había trascendido de la estúpida historia con Enrique. Y también era conveniente poner tierra de por medio entre Enrique y Cecilia. Porque donde fuego se hizo cenizas quedan y nadie podía apostar que él no iba a buscar de nuevo una reconciliación ni que ella no iba a aceptarla como si se tratara del premio gordo de la lotería.

No, el viaje era necesario. Sólo le preocupaba a doña Clara el problema del alojamiento de Cecilia. Había que pensar en un sitio decoroso y no muy caro, donde las idas y venidas de la muchacha estuvieran vigiladas y orientadas discretamente. Ni un hotel, ni una casa de huéspedes ni muchísimo menos un departamento llenaban estas condiciones. Doña Clara buscó entonces entre sus papeles la dirección de su prima política Beatriz Rojas, quien desde hacía muchos años radicaba en México, e invocando ante ella su preterida calidad de madrina de Cecilia, le solicitó su consejo acerca de la manera más conveniente de instalarla en la capital, a la que sus padres, por motivos de negocios y de salud, no podían acompañarla.

La indirecta era demasiado obvia como para que Beatriz no respondiese a ella ofreciendo incondicionalmente su casa y su tutela.

Doña Clara se apresuró a aceptar el ofrecimiento mas no por ello dejaba de cavilar sobre el acierto de la determinación que había tomado. Por una parte la escandalizaba el hecho de separarse de su hija, ya que no lo encontraba estrictamente necesario pues bien podía, ella también, radicar en la capital, proposición que desecharon, con diferentes razones pero con igual esmero, don José María y Cecilia. Por otra parte no estaba muy segura acerca de que Beatriz fuese una influencia muy adecuada sobre un carácter ya de por sí inclinado a la irregularidad.

Porque, en última instancia, no se atrevía a afirmar que conocía a Beatriz. La recordaba, desde su infancia, situada en una esfera superior a la que doña Clara acabó por ascender. La había contemplado entonces a distancia, admirando su facilidad en los juegos, su circunspección en las ceremonias. Después, adolescente, la deslumbró con una elegancia que no parecía

nunca el producto de una deliberación o de un esfuerzo sino el regalo de una casualidad venturosa; ella sólo se limitaba a acogerlo y a dispararlo en torno suyo, feliz de la felicidad ajena.

Cuando Clara aceptó la propuesta de boda de José María no influyó poco en su decisión la perspectiva de emparentar con Beatriz. Sin embargo, muy pronto tuvo que reconocer que el parentesco no las había aproximado. Aun en el trato más íntimo y en la frecuentación más reiterada Beatriz no daba de sí más que la superficie pulida, brillante con que se presentaba siempre en público. Era amable, cortés, comedida y su equidad acordaba la misma dosis de comedimiento, cortesía y amabilidad a todos, en todas las ocasiones. Hacer una excepción, en favor o en detrimento de alguien, le habría sido penoso y, quizá, imposible.

El despecho de no haber logrado romper aquel equilibrio que no remitía sino a la idea de la justicia, pero también los deberes de su nuevo estado, obligaron a Clara a afectar ante su prima política esa reserva un poco superior de quien posee secretos que no ha de revelar más que a los iniciados en su misma secta.

A esa secta (la de las mujeres casadas, por supuesto) no llegó a pertenecer jamás. ¿Cómo iba a decir sí a un pretendiente y no a otro si ambos eran dignos —o indignos— de la misma respuesta? ¿Cómo hacer eso que el Apóstol prohíbe expresamente que es la acepción de personas? A su mismo consejero espiritual le pareció que este argumento se quebraba de sutil y le mandó que, en vez de ponerse a interpretar unas Escrituras destinadas a los sabios, escuchase la voz de su corazón. Pero, por lo visto, el corazón de Beatriz era mudo porque los años pasaban y ella se instalaba más y más cómoda y definitivamente en la soltería. Cuando la sociedad consideró que se había cumplido ya el plazo según el cual Beatriz debía participar de las diversiones, ella transitó naturalmente a la devoción. Asistía también a los funerales para consolar a los deudos y atender a las visitas. Así que el día en que le tocó a ella presidir el duelo (y no fue uno, sino dos, consecutivos, ya que sus padres murieron con un breve intervalo de diferencia) Beatriz desempeñó su papel con el aplomo de quien se lo tiene bien aprendido y memorizado.

Después de que se abrió el testamento y de que se supo única heredera de un capital apreciable, Beatriz decidió algo que no tenía precedentes ni en su familia ni en su pueblo: viajar.

Y después de una prolongada ausencia completó la excentricidad de su parábola negándose a volver a su casa y estableciéndose en México. Allí, decían aún sus malquerientes, llevaba una vida piadosa y recogida. La vida que ahora Cecilia iba a compartir.